

Resumen del artículo

Los jóvenes rurales en México. ¿Por qué ellos? ¿Por qué ahora?

Rural Youth in Mexico. Why Them? Why Right Now?

Raul Anthony Olmedo Neri

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México,
México

raul.olmedo@polticas.unam.mx

 <https://orcid.org/0000-0001-5318-0170>

Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México

Recibido: 3 de julio de 2024

Aprobado: 27 de noviembre de 2024

Resumen

En este artículo se realiza un análisis histórico-estructural sobre los jóvenes rurales en México. En primer lugar, a través del análisis discursivo y la interpretación diacrónica de estadísticas demográficas oficiales, se plantean elementos sobre la visibilidad de este sector en los diferentes modelos de desarrollo que se emplearon desde la segunda mitad del siglo xx. En segundo, se plantea la relevancia de las juventudes rurales dentro del marco analítico de la Nueva Ruralidad, pues esta corriente teórica posibilita la descentralización y amplificación de los estudios rurales para reconocer grupos sociales de creciente relevancia como las mujeres y las juventudes, por ejemplo.

En suma, este trabajo ofrece una visión de largo plazo sobre las juventudes rurales y aquellas transformaciones teóricas y estructurales que permiten enunciar a este grupo dentro de la ruralidad mexicana.

Palabras clave:

nueva ruralidad, jóvenes,
territorio, análisis histórico-
estructural, campesinado.



REFLEXIÓN TEÓRICA

LOS JÓVENES RURALES EN MÉXICO. ¿POR QUÉ ELLOS? ¿POR QUÉ AHORA?
Raul Anthony Olmedo Neri

1

Intersticios Sociales
El Colegio de Jalisco
marzo-agosto 2026
núm. 31
ISSN 2007-4964

Abstract

A historical-structural analysis of rural youth in Mexico is conducted. Through discourse analysis and the diachronic interpretation of official demographic statistics, elements regarding the visibility of this sector in the different development models employed since the second half of the 20th century are proposed.

Next, the relevance of rural youth within the analytical framework of the New Rurality is addressed, as this theoretical approach enables the decentralization and amplification of rural studies to recognize socially significant groups such as women and youth, for instance.

In summary, this work offers a long-term perspective on rural youth and the theoretical and structural transformations that allow this group to be recognized within Mexican rurality.

Keywords:

new rurality, young people,
territory, historical-structural
analysis, peasantry.

Introducción

El estudio de los jóvenes que residen en zonas rurales adquiere progresiva relevancia desde inicios del siglo **xxi** sobre todo por su papel protagónico en las novedosas reconfiguraciones y conflictos que se presentan en dicho territorio.¹ Antes de eso, este sector juvenil destacado por su anclaje territorial fue invisibilizado dentro de los estudios formales sobre jóvenes porque su nacimiento y enfoque tuvieron un distintivo urbano;² el interés por estudiar a los jóvenes ciudadanos responde a la legitimidad que éstos adquieren mediante formas organizativas que emplearon —como las pandillas surgidas en ciudades en pleno proceso de expansión y modernización³— para presentarse en el espacio público, explicitar su capacidad de agencia individual/colectiva en la realidad social⁴ y demostrar la legitimidad tanto de sus procesos de subjetivación como las dinámicas propias de su constitución identitaria y ontológica.⁵

Ante ese panorama analítico que prioriza la condición y la experiencia juveniles urbanas, las particularidades materiales, históricas y ontológicas de aquellos jóvenes que viven fuera o en los márgenes de la ciudad quedan excluidas e invisibilizadas.⁶ Por ello, es necesario contextualizar no solo la importancia de los jóvenes en los espacios rurales sobre todo como herederos de la tierra y de la reproducción de la esencia agropecuaria que ha caracterizado históricamente al campo mexicano, sino explicar por qué hay un progresivo interés de las ciencias sociales sobre este sector en los años recientes.

Así, el objetivo de este trabajo es analizar la relevancia de los jóvenes rurales en México, con el fin de reconocerlos como un grupo de interés para las ciencias sociales. Para ello, se realiza un análisis histórico-estructural de la ruralidad desde la segunda mitad del siglo **xx**, con el fin de visibilizar el

- 1 La primera delimitación sobre este sector es espacial, por lo que se entiende por localidad rural aquellos asentamientos humanos con menos de 2,500 personas, atendiendo el criterio del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) para censar y diferenciar las localidades rurales de las urbanas en México.
- 2 Delia Crovi, *Para leer la Apropiación Digital. Una transformación de las prácticas culturales* (Ciudad de México: Tintable, 2020).
- 3 América T. Becerra, “Jóvenes e internet. realidad y mitos”, *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 24, no. 47-2 (2015), <https://doi.org/10.20983/noesis.2015.13.5>
- 4 Rossana Reguillo, *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto* (Buenos Aires: Siglo **xxi**, 2013).
- 5 María Collignon y Zeyda Rodríguez, “Afectividad y sexualidad entre los jóvenes. Tres escenarios para la experiencia íntima en el siglo **xx**”, en *Los jóvenes en México*, coord. Rossana Reguillo (Ciudad de México: Fonde de Cultura Económica, 2010).
- 6 Isidro Soloaga, *Diagnósticos de las juventudes rurales de México* (Ciudad de México: RIMISP Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural, 2018).

apogeo, protagonismo y desencanto de los jóvenes rurales sobre el campo mexicano a través de los modelos de desarrollo económico; sumado a esto, se recurren a las estadísticas demográficas de las zonas rurales con el fin de evidenciar la relevancia de este sector poblacional y su variación en el tiempo. Se entiende que todo proceso de análisis implica siempre una omisión; en este caso, dado el alcance nacional de la argumentación, se presta menos atención a las heterogéneas condiciones de los territorios rurales de México, por lo que es preciso reconocer que las experiencias juveniles en espacios no urbanos tienen matices siempre en función de sus condiciones materiales e históricas en las que se concretan.

Ahora bien, el análisis histórico-estructural facilita la construcción e interpretación de un fenómeno en periodos históricos amplios a partir de su concreción y de la dialéctica entre proceso y estructura⁷ bajo el que opera. Por ello, este método requiere de un corpus que dé cuenta de la materialidad del objeto abordado y la capacidad heurística de quien lo emplea para identificar, articular y explicar las transformaciones desde un punto de vista crítico.⁸

Uno de los primeros retos para delimitar a este grupo social fue definir los rangos etarios que contribuyen a reconocer y al mismo tiempo diferenciar la juventud —y sus representantes— de otros grupos sociales como la adultez, por ejemplo. Aunque la referencia etaria se ha mantenido sobre todo para fines estadísticos y demográficos, en los años recientes diversas instituciones, organizaciones y la academia han adoptado y adaptado dicho criterio de acuerdo con sus escalas de trabajo y los intereses que persiguen, hasta el punto de empezar a rechazar su uso pues la noción ser joven remite a una producción de subjetividad y (auto)reconocimiento, por lo que puede volverse incluso un problema teórico-analítico.

No obstante, para este análisis la edad adquiere relevancia porque ayuda a delimitar la representación de datos sobre la presencia de la juventud en las zonas rurales y porque a través de ella es posible aglutinar las similitudes de dichas subjetividades mediante su contextualización. De este modo, la pertinencia de la edad no pretende anular la singularidad constitutiva del

7 Fernando Cortés, “Algunos problemas metodológicos en una práctica de investigación histórico-estructural”, *Notas de Población. Revista Latinoamericana de Demografía*, 4 11 (1976), (consultado el 5 de junio de 2024).

8 Carlos Torres-Novoa, “Teoría de la dependencia: Nota crítica sobre su metodología histórico-estructural”, *Nueva Sociedad*, 42 (1979), https://static.nuso.org/media/articles/downloads/584_1.pdf (consultado el 5 de junio de 2024).

ser joven, sino identificar las experiencias comunes a partir de un rasgo que permite agrupar a dicho sector. En este sentido, y con el fin constituir el corpus necesario para el método histórico-estructural, se ha recopilado, sistematizado y analizado los datos de los censos poblacionales en México respecto a la población de 10 a 29 años. La delimitación etaria responde a dos decisiones metodológicas: la primera es que dicho rango se ciñe a lo dispuesto en la Ley del Instituto Mexicano de la Juventud, publicada en 1999, la cual reconoce a los jóvenes como aquellos que poseen entre 12 y 29 años; la segunda decisión metodológica fue ampliar el rango inicial a los 10 años, ya que la desagregación de datos en los censos se hace por quinquenios, lo que dificulta el cálculo exacto.

Otra precisión importante a realizar es que dentro del análisis histórico-estructural, los jóvenes varones tienen un protagonismo en comparación a sus coetáneas mujeres. Esto deriva de la división del trabajo doméstico a través del género,⁹ donde los jóvenes ostentaron una capacidad de agencia estrictamente vinculada con las dimensiones agroproductivas –adjudicándoles un papel central en la producción de los modos de vida rural–, volviéndose directamente afectados ante las transformaciones estructurales del sistema económico mexicano, mientras que las jóvenes mujeres tuvieron mínima participación en este ámbito pues quedaron atadas a las actividades de (re)producción de la vida rural –especialmente a las labores domésticas y de procreación–. Ellas, en realidad, adquieren relevancia dentro del marco de la Nueva Ruralidad y los múltiples procesos de feminización del campo mexicano como resultado de la migración, enunciándolas a partir de una perspectiva de género sobre la ruralidad.

Con estas precisiones sobre el objeto de estudio, es posible emplear el método histórico-estructural, con el fin de ubicar a los jóvenes rurales y comprender los contextos en los que se desarrollan. En términos específicos, en este trabajo se argumenta que:

i) Los jóvenes rurales tuvieron una participación estratégica en la (re) producción de los modos de vida rural durante la segunda mitad del siglo xx dado el panorama próspero que vieron y vivieron dentro del Modelo Sustitu-

9 Nancy Fraser, *Capitalismo caníbal* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2023).

tivo de Importaciones, el cual se tornó desfavorable por la crisis del sistema y la consecuente instalación del proyecto neoliberal en el país. En este proceso los jóvenes en espacios rurales terminaron desencantándose del campo ante la transición estructural derivada de la integración y subordinación de México al entramado hegemónico de la globalización. Dado que son pocos los datos e investigaciones que se enfocan en los jóvenes rurales en la segunda mitad del siglo xx, se analizan los contextos en los que se desarrollan para así evidenciar su participación latente en los cambios estructurales de orden productivo en el agro mexicano. De esta manera, analizar las reconfiguraciones de orden productivo y estructural que se llevan de manera interna y externa en la ruralidad permite problematizar la participación histórica de los jóvenes rurales.

ii) Los jóvenes rurales en tanto sujetos de estudio cobran relevancia analítica en el siglo xxi por la apertura analítica que ofrece el marco teórico de la Nueva Ruralidad y con ello, la descentralización de los temas predilectos dentro de los estudios agrarios. Así, su relevancia deriva no solo de la descentralización de su presencia juvenil en la lucha por la tierra, sino por su acrecentada vinculación con otras problemáticas como la migración, la defensa del territorio y el nuevo protagonismo que adquieren por el saber-poder que les otorgan las tecnologías de la información y la comunicación (tic) ante los adultos.

Para dar forma y solidez a estos argumentos, este trabajo se desarrolla en dos apartados: en el primero se presenta el análisis histórico-estructural; en el segundo apartado, se ofrecen elementos para enriquecer la problematización de los jóvenes rurales y cuál es el contexto actual en el que se desarrollan. Con estos elementos se busca evidenciar la relevancia empírica que guardan los jóvenes rurales mexicanos e incitar su análisis como sujetos de estudio dentro de una coyuntura sistémica que los ubica en una posición histórica ambivalente para la mejora o deterioro de la ruralidad mexicana.

¿Por qué ellos?

Ya se ha mencionado que el estudio científico-social de los jóvenes cobró sentido desde los años ochenta del siglo pasado y que sus primeros enfoques

priorizaron a las juventudes urbanas.¹⁰ Además del interés generado por el creciente protagonismo de las juventudes en el espacio público, las ciencias sociales abordaron este sector poblacional con el fin de indagar, comprender y explicar cómo las desigualdades estructurales y las instituciones afianzadas como la familia, la escuela y el mercado laboral, entre otras, se entrelazan para intervenir e incluso condicionar los medios y contextos de vida de la población joven,¹¹ particularmente en lo que después se definirá como condición¹² y experiencia juvenil, entendida como el conjunto heterogéneo y contingente de vivencias, subjetividades y tesis socioculturales que contribuyen a la producción de un autoconocimiento sobre lo que es ser joven y la juventud. Este cúmulo de saberes intersubjetivos alimentan, moldean e intervienen en la forma en que el joven (se) explica el mundo y define su participación en él. De este modo, la experiencia juvenil se ve sometida a la condición juvenil y el contexto de su desarrollo.

En cuanto a la conceptualización de las juventudes y los jóvenes, existe un consenso sobre la complejidad que ello encierra pues la heterogeneidad de su manifestación empírica obliga siempre a (re)ajustar las definiciones para que adquieran un carácter situado y puedan ser operacionalizables; por lo anterior, el análisis interseccional y la jerarquización de categorías como etnia, sexo, territorio, clase social, entre otras, siempre se manifiestan —o no— a partir de las necesidades del objeto de estudio y los sujetos que forman parte de dicho análisis.

A grandes rasgos, la juventud se puede entender como una construcción social fluida y flexible, esto es, una producción mutable en el imaginario colectivo que alberga un conjunto de ideas, creencias, representaciones, comportamientos, rangos etarios, rasgos psicosomáticos y situaciones, favorables o no, que comprenden un periodo-momento de la vida social por el que toda persona transita —y se mantiene— de manera temporal. Al ser una construcción social delimitada temporal, espacial, etaria y culturalmente, la juventud tiene fronteras en permanente expansión o contracción producto de su entendimiento y manifestación sociohistórica. Sumado a lo anterior, en tanto momento de la vida, la juventud se constituye a través del entrecruzamiento entre la madurez biológica y la madurez social, por lo que no

10 Soloaga, *Diagnósticos*.

11 José A. Pérez, “Las transformaciones en las edades sociales. Escuela y mercados de trabajo”, en *Los jóvenes en México*, coord. Rossana Reguillo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2010).

12 José M. Valenzuela, “Numeralia sobre la condición juvenil contemporánea”, en *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, coord. José M. Valenzuela (Tijuana: Gedisa-Colegio de la Frontera Norte-Universidad Autónoma Metropolitana, 2015).

- 13 Rossana Reguillo, "La condición juvenil en el México contemporáneo" en *Los jóvenes en México*, coord. Rossana Reguillo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2010).
- 14 Gonzalo A. Saraví, *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad* (Ciudad de México: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2018).
- 15 Raul Olmedo, "Brechas digitales y territorio: los entornos tecnológico-digitales en las viviendas mexicanas", *Ra Ximhai* 18 (2022), <https://doi.org/10.35197/rx.18.04.2022.05.ro>.
- 16 Claudia Jurado e Isaías Tobasura, "Dilema de la juventud en territorios rurales de Colombia: ¿campo o ciudad?", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 10, 1 (2012), <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77323982002> (consultado el 20 de junio de 2024).
- 17 Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, "Los últimos guardianes. Jóvenes rurales e indígenas" en *Los jóvenes en México*, coord. Rossana Reguillo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2010).

solo hay personas que se reconocen y son reconocidas como jóvenes, sino que existen otras que se diferencian de ellos. Entonces, la juventud es una categoría porosa e interdisciplinaria que opera en procesos permanentes de reconocimiento y diferencia intersubjetiva al interior y al exterior¹³ de las sociedades.

En cuanto a las y los jóvenes, es decir los que se adscriben y al mismo tiempo son adscritos a la juventud, presentan diversos contextos y posiciones en la sociedad, producto del régimen adultocéntrico en el que se desarrollan y las desigualdades sistémicas que atraviesan sus experiencias, condicionando su capacidad de agencia y posibilidades de interacción¹⁴ con/en el mundo. Algunas de esas desigualdades sistémicas tienen mayor peso sobre las/los jóvenes que otras, por ejemplo, la heterogénea distribución de la infraestructura educativa que condiciona su acceso y ejercicio en tanto derecho inalienable, así como la desigualdad en torno a la cobertura y garantía de derechos como la salud o servicios tales como las TIC.¹⁵

Estas desigualdades se recrudecen o matizan en la juventud a partir diversas categorías como clase social o territorio; para los fines de este trabajo cobra relevancia la dimensión espacial, la cual tiene un peso relevante sobre la condición y la experiencia juveniles y que, paradójicamente, ha sido poco trabajada en México y América Latina.¹⁶ La invisibilidad analítica del territorio y la minimización de su peso en la vida y experiencias de las juventudes yace en el rasgo urbano que tuvo dicho campo desde su génesis. Esta situación se ha puesto en evidencia sobre todo desde finales del siglo xx y con la progresiva relevancia de las y los jóvenes que viven más allá de las urbes; por ello, poner atención en los jóvenes con un rasgo territorial rural o semiurbano amplía la frontera de las perspectivas juveniles dominantes, por un lado, y evidencia su relevancia en la formación de subjetividades juveniles¹⁷ con un fuerte carácter subalterno al interior de este heterogéneo y complejo sector poblacional.

Al respecto, es posible indicar que la priorización de los jóvenes ciudadanos como sujetos de estudio en las ciencias sociales ha contribuido (in)directamente en la estandarización de las perspectivas y las categorías, las cuales

presentan serias limitaciones explicativas¹⁸ al abordar a jóvenes en contextos no urbanos.¹⁹ Esta erosión conceptual y epistemológica deriva de las asimetrías de poder que nacen de las desigualdades socioterritoriales emanadas de la dicotomía ruralidad/urbanidad.²⁰ Si bien lo rural, particularmente la cultura, puede trascender parámetros espaciales y demográficos aquí definidos, lo cierto es que conforme se aleja de estos espacios, su preponderancia y constitución tiene a diluirse ante otras matrices socioculturales de índole urbana que ganan legitimidad por su sintonía con la ideología dominante.

Esta dicotomía no solo se manifiesta en términos espaciales y productivos, sino que se expande a otros ámbitos como la economía, los servicios y las matrices socioculturales, por un lado, y desarrolla relaciones asimétricas en su interacción, por otro lado. Dicha situación pone en franca desventaja a los territorios rurales, sus visiones de mundo y sus estilos de vida, lo cual ha incentivado el reconocimiento de la ruralidad como un conjunto de espacios que abastecen a la ciudad, al mismo tiempo que albergan signos de rusticidad, en comparación a la ciudad moderna²¹ y en proceso de expansión.

Esta desfavorable correlación de fuerzas deriva no solo de la dialéctica territorial y social entre las ciudades y el campo, sino que mediante esta relación se replican otras desigualdades sistémicas que operan en escalas espaciales superiores. La más importante es la del centro-periferia, la cual condiciona la relación entre países desarrollados y aquellos otros en vías de desarrollo y que replica las distinciones de modernidad-progreso entre sus sociedades. Esa distinción simbólica y su lógica de funcionamiento se replica entre los territorios urbanos y rurales, siendo los primeros quienes se ostentan como modelos a seguir para aquellos espacios y sociedades que no cumplen con esas condiciones.

Estas dicotomías urbanidad/ruralidad, centro/periferia y modernidad/rusticidad intervienen sistemáticamente en la conceptualización y análisis de las y los jóvenes, por lo que no es posible entender bajo la misma dinámica a estos grupos sociales espacialmente diferenciados. Entonces, cuando se habla de jóvenes, el imaginario social dominante omite frecuentemente la dimensión territorial de corte urbano que le acompaña.

18 Soloaga, *Diagnósticos*.

19 Pacheco Ladrón de Guevara, "Los últimos guardianes".

20 Bolívar Echeverría, *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad* (Ciudad de México: Itaca, 2013).

21 Echeverría, "Modelos elementales...".

Por ello, hablar de jóvenes rurales hace posible reconocer no solo la dimensión espacial que los caracteriza, sino que paralelamente dicho elemento territorial determina buena parte de su representación social, de sus límites y acciones en la vida cotidiana. A partir de lo anterior, no es lo mismo hablar de jóvenes (urbanos) y jóvenes rurales; de hecho, es posible afirmar que las/los jóvenes rurales se desarrollan bajo contextos adversos donde las desigualdades estructurales en su contra se profundizan a través de su entrecruzamiento²² y la acumulación/profundización de sus consecuencias sobre este grupo juvenil.

Ante estas particularidades es necesario plantear elementos para una definición sobre jóvenes rurales; al respecto, algunos autores reconocen dicho concepto es una categoría ordenadora de representaciones sociales alrededor de la fijación territorial que ellos encarnan y destacan.²³ En este sentido, un elemento clave de este sector es su contingente relación con la tierra y las actividades socioproductivas que desarrollan en la ruralidad; además de ello, el contexto de su desarrollo es más adverso por la fijación rural que poseen, pues como se ha sostenido, este territorio no es protagonista de la actual producción de la sociedad urbana-global. Así, las/los jóvenes rurales no solo sufren las desigualdades propias de una sociedad adultocéntrica, sino que es un sector dentro de la juventud que padecen una exclusión y opresión multidimensional.²⁴

Sumado a lo anterior, se encuentra una mezcla compleja en torno a categorías como raza, etnia, género y sexo que intervienen en su constitución epistemológica y que, además, están condicionadas a la dimensión espacial en la que se encuentran y las relaciones de poder y subalternidad que allí se crean, modifican o profundizan.²⁵ Por lo anterior, y en un esfuerzo por ofrecer una definición, se puede entender a las/los jóvenes rurales como sujetos productores de sentido y al mismo tiempo sujetos producidos social y culturalmente en un territorio con múltiples adversidades materiales y con matrices socioculturales fijadas al territorio que ralentizan el cambio de valores, la visión de mundo y su posición subalterna. Estos obstáculos se fortalecen por las fuertes relaciones verticales de poder que, en conjunto,

22 John Durston, “Estrategias de vida en los jóvenes rurales en América Latina”, en *Juventud rural, modernidad y democracia en América Latina*, coord. CEPAL (Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe-Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia-Organismo Internacional de Juventud, 1996).

23 Sérgio Sauer, Luis Felipe Perdigao de Castro y Ralph de Medeiros Albuquerque, “Terra e juventudes na América Latina: entre lutas, violências y conflictos” *Eutopía. Revista de Desarrollo Económico Territorial* 19 (2021), <https://doi.org/10.17141/eutopia.19.2021.4988> (consultado el 20 de junio de 2024).

24 Pacheco Ladrón de Guevara, “Los últimos guardianes.”

25 Durston, “Estrategias de vida...”

moldean sus proyectos de vida, limitan su capacidad de agencia, reprimen sus aspiraciones y condicionan sus comportamientos individuales/colectivos, generando serias disparidades con sus pares urbanos en cuanto a la condición y la experiencia juveniles de su tiempo.

Una vez identificadas las particularidades de las/los jóvenes rurales y después de una primera definición, es posible observar que este grupo social es objeto de una relación de dominación y una de opresión. La dominación entendida como una relación asimétrica de poder de orden estructural donde la desfavorable correlación de fuerzas no se da por los elementos que constituyen a los sujetos, sino a la posición que ocupan —sea temporal o permanente— dentro de la propia sociedad. La relación de dominación tiende a cambiar en el largo plazo y solo a través de dislocaciones que cuestionan y erosionan su estructura e ideología dominantes. De esta manera, la dominación se ejerce desde la sociedad adultocéntrica que disciplina a los jóvenes para heredar y reproducir las estructuras sociales (agrarias o no) de la ruralidad; esta relación es más evidente en el campo porque las estructuras del saber-poder son verticales y poco flexibles, lo cual coloca a los jóvenes rurales en una posición de desventaja ante los adultos y las personas de la tercera edad que poseen un saber-poder fundado en la experiencia.²⁶ Por su parte, la opresión, entendida como aquella relación asimétrica de poder de orden contextual donde la supremacía de un sujeto sobre otro emana de la presencia, suma y acumulación de desigualdades sistémicas (edad, raza, etnia, género, orientación sexual, espacio geográfico, nivel educativo, entre otros) más allá de la clase social o la posición que ocupa el sujeto en la sociedad, se configura no solo por su dimensión etaria y la vulnerabilidad que con ello deviene, sino también por el anclaje territorial que se expresa en su modo de ver y participar en el mundo.²⁷ Dicho de otra manera, al ser residentes y potenciales herederos del campo las/los jóvenes rurales adquieren un papel subalterno en una sociedad que privilegia las aspiraciones urbanas y sus estilos de vida juveniles.²⁸ La opresión, en comparación a la dominación, no se despliega de manera uniforme, por lo que adquiere matices dependiendo del contexto histórico e (in)material que le da soporte y legitimidad a la subordinación que fundamenta.

²⁶ Raul Olmedo y Hubert Carton de Grammont, “Fragmentación social en zonas rurales: los megaproyectos energéticos en el estado de Yucatán”, *Estudios Sociales. Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo regional* 32 (2022), <https://doi.org/10.24836/es.v32i59.1221>.

²⁷ Maximino Matus y Rodrigo Ramírez, *Acceso y uso de las TIC en áreas rurales, periurbanas y urbano-marginales de México: una perspectiva antropológica* (Ciudad de México: Centro de Investigación e Innovación en Tecnologías de la Información y Comunicación, 2012).

²⁸ Martine Dirven, “Algunas reflexiones sobre los jóvenes y los tipos de territorios rurales”, *Eutopía. Revista de Desarrollo Económico Territorial*, 19 (2021).

Sin embargo, esta posición no siempre fue evidente; durante el siglo xx la población rural mexicana disputó su legitimidad en la sociedad, pero la desfavorable correlación de fuerzas que se fue fraguando generó que este grupo social dejara de ser un actor estratégico en los proyectos políticos de desarrollo nacional y se convirtiera en una merma histórica bajo el neoliberalismo.²⁹ Esta oscilación de su reconocimiento a su desacreditación es producto de los cambios estructurales de orden político-económico que se dan a nivel mundial,³⁰ específicamente después periodo de posguerra.³¹

En este proceso la correlación de fuerzas fue favorable o no, dependiendo de las condiciones contextuales en las que el campesinado luchaba por su legitimidad social e histórica. Por ello resulta importante mostrar los cambios estructurales para reconocer cómo la participación protagónica de los jóvenes rurales se diluyó conforme el sistema dejó de ofrecerles una integración positiva y funcional en el modelo económico al grado de orillarlos al exilio urbano.

Las bonanzas del Modelo Sustitutivo de Importaciones (1940-1970)

El Modelo Sustitutivo de Importaciones fue estratégico para que México pudiera desarrollar sus instituciones y mejorar las condiciones de la vida tanto en el campo como en la ciudad. El también llamado “Milagro Económico Mexicano” ofreció la oportunidad al sistema de integrar de manera funcional a la clase media que se formaba en las ciudades, por un lado, y ofrecer la posibilidad de crear futuros dignos para la juventud de ese tiempo, por otro lado.³²

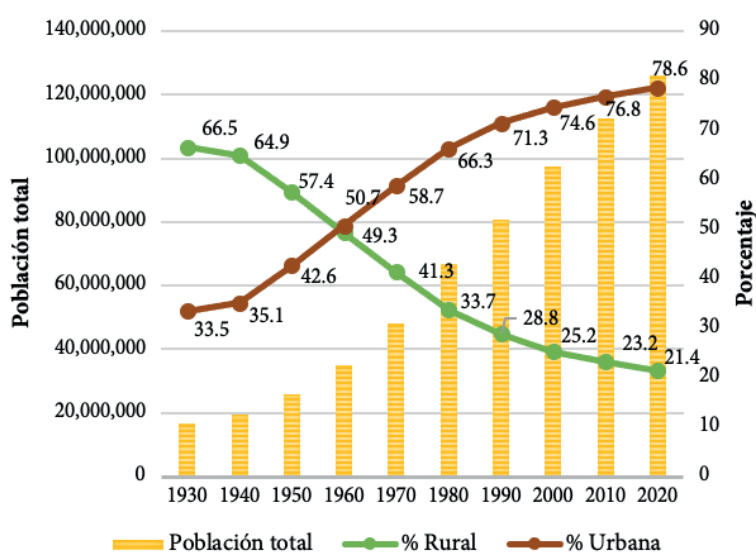
En este periodo, la clase obrera y campesina fueron parte del modelo de producción económico de forma articulada e incluyente.³³ Esto quiere decir que su papel no solo fue dinamizar la producción de mercancías para el mercado nacional, sino que, a la vez, la calidad de vida que tuvieron y el poder adquisitivo que ostentaron les permitió consumir aquellos productos y servicios que producían.³⁴ Lo anterior fortaleció tanto el proceso de industrialización nacional como su dinamización mediante el consumo sostenido de grandes sectores populares.³⁵

- 29 Kirsten Appendini, “La transformación de la vida rural en tres ejidos del centro de México”, en *¿Ruralidad sin agricultura?*, eds. Kirsten Appendini y Gabriela Torres-Mazuera (Ciudad de México: El Colegio de México, 2008).
- 30 Gabriela Torres-Mazuera, “Transformación identitaria en un ejido rural del centro de México. reflexiones en torno a los cambios culturales en el nuevo contexto rural”, en *¿Ruralidad sin agricultura?* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2008).
- 31 Blanca Rubio, *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal* (Ciudad de México: Plaza y Valdés, 2022).
- 32 Juan Carlos Moreno-Bird y Jaime Ros, *Desarrollo y crecimiento en la economía mexicana* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2010).
- 33 Blanca Rubio, *Explotados y excluidos*.
- 34 Blanca Rubio, “La devastación del campo mexicano: impacto sobre el patrón alimentario actual”, en *A fuego lento. Avistamientos interdisciplinarios sobre alimentación, cultura, poder y sociedad*, coord. Gilberto Giménez, Jorge González y Tommaso Gravante (Ciudad de México: Plural Editores, 2023).
- 35 Armando Bartra, “Seis años de lucha campesina”, *Investigación Económica* 36, (1977).

Especialmente para el campesinado, su función dentro del Modelo Sustitutivo de Importaciones le dio una legitimidad social y estructural porque estaba orientado a la producción de granos básicos para controlar su precio,³⁶ garantizando así que el ingreso de la clase obrera permitiera el consumo de productos a los que antes no tenía acceso.³⁷ Por lo tanto, la producción campesina era estratégica dentro del plan de desarrollo del Estado mexicano y la industrialización, por lo que el campesino se encontraba en una posición privilegiada³⁸ que le otorgaba una mejor calidad de vida y legitimaba su demanda relativa al reparto agrario.³⁹

Los beneficios que otorgaba el Modelo Sustitutivo de Importaciones durante el periodo de la posguerra dieron paso al crecimiento sostenido de la economía,⁴⁰ de la población⁴¹ y de sus condiciones de vida.⁴² La Gráfica 1 muestra el crecimiento poblacional y su distribución en zonas rurales y urbanas de México durante el siglo xx y parte del xxi.

Gráfica 1. Crecimiento y distribución poblacional en México (1930-2020)



Fuente: Elaboración propia con datos históricos de Inegi.

Nota: Se mantiene el criterio del Inegi sobre localidades rurales (con menos de 2,500 personas) porque no hay una desagregación por tamaño de localidad en los censos de 1930, 1940, 1950 y 1960. A pesar de su empleo, consideramos que esta clasificación es injusta porque limita lo rural y la ruralidad a una dimensión poblacional de orden cuantitativo, negando los territorios bordes y las mezclas de actividades, identidades y culturas que se dan entre lo rural y lo urbano.

³⁶ Blanca Rubio, “Agricultura, economía y crisis del periodo 1970-1982” en *Historia de la cuestión agraria mexicana. Los tiempos de crisis (primera parte)* coord. Julio Moguel (Ciudad de México: Siglo XXI-Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1990).

³⁷ Rubio, *Explotados y excluidos*.

³⁸ Francisco Ramírez, “Campesinado y Estado”, en *Armonización de los movimientos campesinos en México (1990-2007)*, coord. Francisco Ramírez y Altynai Arias (Ciudad de México: Universidad Autónoma Chapin-go-Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria-Cámara de Diputados, 2008).

³⁹ Rubio, *Explotados y excluidos*.

⁴⁰ Moreno-Bird y Ros, *Desarrollo y crecimiento*.

⁴¹ Rubio, “Devastación”.

⁴² Julieta Quilodrán, *Un siglo de matrimonio en México* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2001).

Es preciso aclarar que los porcentajes solo ilustran la composición predominantemente urbana que va adquiriendo la sociedad mexicana durante el siglo xx, pero no significa que las zonas rurales decrezcan en cuanto a población. De hecho, en términos absolutos se puede observar que la población rural creció, aunque en menor cantidad que la población urbana. La Tabla 1 muestra este crecimiento poblacional durante el siglo xx y xxi.

Tabla 1. Crecimiento de población rural en México (1930-2020)

Periodo (Modelo de desarrollo)	Año	Población rural registrada en censo	Crecimiento poblacional en términos absolutos entre censos
Posrevolucionario (Agro-minero Exportador)	1930	11,012,091	No aplica
Posguerra (Modelo Sustitutivo de Importaciones)	1940	12,757,441	1,745,350
	1950	14,807,534	2,050,093
	1960	17,218,011	2,410,477
Crisis (desajuste estructural)	1970	19,916,682	2,698,671
Neoliberalismo (Modelo desarticulado y excluyente)	1980	22,547,104	2,630,422
	1990	23,289,924	742,820
	2000	24,608,597	1,318,673
Transición (Agroindustrial Transnacional)	2010	26,049,769	1,441,172
	2020	26,983,528	933,759

Fuente: Elaboración propia con datos históricos Inegi.

Se puede observar que de 1940 a 1970 hay un crecimiento constante de la población rural en México; esta situación va a cambiar por los cambios estructurales y productivos posteriores.

A partir de estos datos queda más claro que para los jóvenes rurales de la posguerra ser campesino no solo era una posibilidad de realización, sino que era la posibilidad de transitar a la vida adulta de manera ordenada y con una calidad de vida próspera. En otras palabras, el contexto les daba aliento a mantenerse en el campo por dos razones principales: la primera de ellas

provenía del reparto agrario que se intensificó en el cardenismo (1934-1940). Bajo esa política se concreta la posibilidad de obtener una parcela de manera más rápida que esperar su adquisición mediante la herencia; la segunda razón descansa en la función productiva e incluyente que fungía el campesinado para el Modelo Sustitutivo de Importaciones, lo cual le aseguraba una vida con condiciones dignas para su permanencia en el campo y su sobrevivencia a partir de su participación en las actividades agropecuarias.

Rubio sintetiza esta relación de producción de dicho modelo de desarrollo de la siguiente forma: “la explotación de las bases subalternas garantizaba la reproducción del proceso de acumulación y, a su vez, el régimen de acumulación favorecía la reproducción de las clases explotadas”.⁴³ No obstante, el Modelo Sustitutivo de Importaciones llegaría a su desgaste en los años setenta y la posición integradora e incluyente se erosionaría conforme se consolida su crisis productiva y operativa.

La crisis del modelo (1970-1982)

La crisis del Modelo Sustitutivo de Importaciones ofrece las condiciones materiales e históricas para concretar al proyecto neoliberal en México y su nuevo modelo de producción. Específicamente “México transitó durante esos años por la penosa mutación que lo engarzó al ciclo de la dependencia agroalimentaria con el exterior”;⁴⁴ esta transición estuvo marcada por el decrecimiento de la industrialización, por un lado, así como por la desfavorable correlación de fuerzas para las clases subalternas que veían cada vez más acotado su margen de acción e integración dentro en el viejo modelo y su potencial marginación en el nuevo.⁴⁵ Así pues, la crisis de un modelo a otro implicó la disputa del campesinado por mantener su función productiva y legitimidad en la sociedad mexicana.⁴⁶

De acuerdo con Bartra son tres las causas estructurales que dan paso a la crisis en el campo mexicano en los setenta: por un lado, la reproducción de un capitalismo dependiente y con una base de acumulación periférica donde la industrialización se apropia del excedente de la producción de pequeños productores; por otro lado, la crisis del modelo de desarrollo

⁴³ Rubio, *Explotados y excluidos*, 75.

⁴⁴ Rubio, “Agricultura”, 15.

⁴⁵ Blanca Rubio, *Resistencias campesinas y explotación rural en México* (Ciudad de México: Era, 1987).

⁴⁶ Bartra, “Seis años”.

agropecuario que se manifiesta con el crecimiento de la población por encima de la capacidad de producción de alimentos, lo que dificulta que los precios agrícolas se mantengan controlados, provocando la importación de alimentos e incrementando su valor de venta en el mercado. En tercer lugar, se encuentra la crisis de la política agraria nacional donde se muestra el divorcio entre el proyecto del Estado mexicano y el campesinado al finalizar discursiva y empíricamente el reparto agrario.⁴⁷

Estas causas de orden estructural tendrán efectos negativos sobre la población rural, mismos que pueden verse a través del inicio de su decrecimiento poblacional; por un lado, la Gráfica 1 muestra que en los censos de 1960 y 1970 se registran las caídas porcentuales más drásticas sobre la población rural en comparación a la urbana (8.1 % y 8.0 % respectivamente), mientras que la Tabla 1 evidencia que a partir de los setenta se comienza a registrar el decrecimiento en la población rural, el cual tocará su punto más bajo registrado hasta el momento dentro del periodo neoliberal, particularmente durante la década de los ochenta.

Por lo anterior, estas causas promoverán en los años setenta, primero, movilizaciones locales y la toma de tierras en zonas donde el capital de avanzada estaba establecido,⁴⁸ y, después, todo un movimiento campesino nacional con una fuerza que acercó a México a una guerra civil.⁴⁹ Entonces, la crisis del Modelo Sustitutivo de Importaciones incitará la constitución y el despliegue de un movimiento campesino nacional que luchará, entre otras cosas, por el excedente de la producción apropiado —hasta ese momento— por la agroindustria, por la apropiación del ciclo productivo, por los puestos de representación política a nivel local y municipal para hacerle frente a los poderes fácticos como el cacicazgo, así como la defensa y exigencia de la lucha por la tierra.⁵⁰

Este movimiento será clave no solo por el carácter de clase, primero de jornaleros agrícolas que buscan hacerse de tierra (campesinización), y después de campesinos que buscan mantener su función productiva en el modelo productivo (recampesinización),⁵¹ sino que además concluirá con una correlación de fuerzas temporalmente favorable para este sector que dará paso a los mayores repartos de tierra en el norte del país,⁵² desde donde el capital de avanzada sometía a sus lógicas a los demás sectores productivos.⁵³

47 Rubio, Resistencias.

48 Bartra, “Seis años”.

49 Bartra, “Seis años”.

50 Rubio, Resistencias.

51 Rubio, Resistencias.

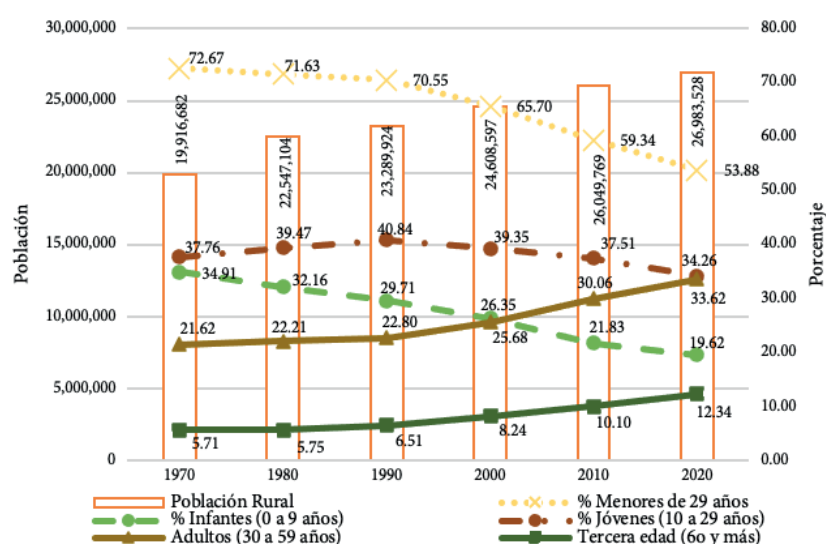
52 Rubio, *Explotados y excluidos*.

53 Rubio, *Explotados y excluidos*.

En este periodo de crisis los jóvenes rurales tuvieron un papel protagónico, aunque no se le ha reconocido explícitamente. Por un lado, los (jóvenes) campesinos y jornaleros agrícolas no solo luchaban por mantener una posición funcional e incluyente dentro del nuevo modelo, sino que a la par estaban librando una batalla por la continuidad de un proyecto donde su futuro seguía siendo esperanzador a través de la reproducción de las formas de vida y estructuras productivas campesinas. Entonces, el movimiento campesino nacional que surgió en el periodo de crisis no puede pensarse solo como una lucha histórica y antagónica entre la agroindustria y el campesinado, sino como una expresión de la batalla ontológica entre el horizonte de posibilidades juvenil y la estructura capitalista que aspiraba a una reconfiguración en beneficio de la acumulación.

Para sustentar la idea del protagonismo de los jóvenes rurales en el campo y con ello en el movimiento campesino nacional se presenta la Gráfica 2. Esta gráfica muestra la presencia de las juventudes rurales en los años de la crisis y posteriores.

Gráfica 2. Porcentajes etarios en la población rural de México (1970-2020)



Fuente: Elaboración propia con datos históricos de Inegi

Nota: Se ha descartado aquella población que no especifica su edad en los censos.

Antes del censo de 1970 no se tiene desagregada la información poblacional por edad o quinquenios, lo cual dificulta mostrar cómo este protagonismo se fraguó durante la bonanza económica y social del periodo de posguerra.

A partir de esta gráfica es posible afirmar que para los años setenta, el campo mexicano prácticamente gozaba de una juventud productiva y etaria al representar poco más del tercio de la población rural. De hecho, son los jóvenes rurales quienes históricamente han ostentado la mayor presentación porcentual de la ruralidad mexicana, aun a pesar de las reconfiguraciones del sistema económico y político del país; caso contrario han sido las infancias rurales, las cuales han decrecido su representación porcentual con más evidencia desde inicios del siglo **xxi**.

Al sumar el porcentaje de los menores de 29 años en el campo, se observa que en conjunto representan el 72.67 % de la población rural para 1970. Por ello es que el movimiento campesino nacional tiene un impacto trascendental dentro de los estudios agrarios y en general de la sociología rural mexicana: si bien los adultos (30 a 59 años) son quienes comandan la batalla contra el capital de avanzada que desea despojarlos de su posición privilegiada bajo el Modelo Sustitutivo de Importaciones, su base social son los jóvenes (10 a 29 años) en tanto herederos del campo y reproductores de las formas de vida y estructuras productivas campesinas.

Dicho de otra manera, el movimiento campesino nacional que cundió en los años setenta no solo responde a la lucha de clases, sino que en términos específicos es una lucha ontológica que encarnan y lideran adultos campesinos y jornaleros agrícolas de la mano con un sector de las juventudes rurales. Por un lado, aquellos (jóvenes) adultos que se encontraban construyendo su vida en el campo (con familia y tierra) luchaban por mantener aquella lógica del Modelo Sustitutivo de Importaciones que le daba sentido a su futuro próximo en el campo, dada la integración e inclusión que ello suponía; por otro lado, estos mismos adultos luchaban coordinadamente con los jóvenes rurales para preservar la legitimidad de sus ser/estar ante la sociedad y el Estado mexicano, con el fin de que las nuevas generaciones tuvieran las mismas posibilidades de hacerse de su vida en el campo y disfrutar de los beneficios de ser campesino.

Entonces, la simbólica participación de los jóvenes rurales en el movimiento campesino nacional no solo buscaba asegurar su propio futuro en el campo, sino extender las bonanzas con las que habían crecido durante los

primeros años de la posguerra hacia las nuevas generaciones que serían hijas de la crisis. Esto claramente no será posible dado que el proyecto neoliberal y su modelo de crecimiento los denunciará como parte del problema estructural más que de la solución política.

La fractura sistémica del neoliberalismo (1980-2000)

El proyecto neoliberal y el modelo de desarrollo que ofrecía implicó una fractura en la estructura de explotación y la consecuente forma de acumulación que se venía desarrollando desde los años cuarenta. Ante el desgaste de un modelo articulado e incluyente se instaló un modelo de subordinación excluyente en el que las clases que constituían el valor histórico de la Fuerza de Trabajo en el capitalismo estaban bajo amenaza: la clase obrera y la campesina.⁵⁴

La también llamada “década perdida en América Latina” no solo refiere al retroceso en cuanto a desarrollo social y crecimiento económico en la región, sino que evidencia el periodo donde los países latinoamericanos sufrieron la acumulación de contextos desfavorables que contribuyeron a su endeudamiento y sometimiento ante la hegemonía internacional⁵⁵ que se estaba consolidando.⁵⁶ En este proceso, el Modelo Sustitutivo de Importaciones se vuelve cada vez más inviable⁵⁷ y el modelo neoliberal cuestiona toda la infraestructura estatal creada bajo el paternalismo que se había producido en dicho periodo.⁵⁸

Entonces, la fisura del sistema se da porque el dinamismo de la forma de explotación articulada e incluyente se redujo al grado de que “provocó también con el paso del tiempo una fractura de los mecanismos de acumulación de capital”.⁵⁹ Esto generó que la propuesta neoliberal ganara legitimidad, aunque no garantizara su efectividad sobre todos los sectores de la población.⁶⁰

Dado que se retira todo apoyo gubernamental hacia la producción agroalimentaria nacional bajo el discurso de reorientación política, el campesinado queda excluido de forma explícita ante la desventaja competitiva en comparación con las grandes empresas transnacionales que dominan el mercado agroalimentario mundial y que le dan una forma que les beneficie de manera exclusiva.⁶¹ Entonces, al abandonar la política de contención de

⁵⁴ Rubio, *Explotados y excluidos*.

⁵⁵ Entre los factores geopolíticos más importantes se encuentra la crisis del proyecto socialista internacional, la erosión paulatina de Estados Unidos al volverse nuevamente un país con deuda neta, situación que no presentaba desde 1914, así como la reconfiguración de la producción agroalimentaria mundial bajo las lógicas e intereses de las empresas transnacionales.

⁵⁶ José Luis Calva, *Crisis agrícola y alimentaria en México. 1982-1988* (Ciudad de México: Editorial Fontamara, 1988).

⁵⁷ Rubio, *Explotados y excluidos*.

⁵⁸ Bartra, “Seis años”.

⁵⁹ Rubio, *Explotados y excluidos*, 91.

⁶⁰ Moreno-Bird y Ros, *Desarrollo y crecimiento*.

⁶¹ Ramírez, “Campesinado y Estado”.

- ⁶² Calva, *Crisis agrícola*. Rubio, “Devastación”.
- ⁶³ Blanca Rubio, “A un año de distancia: las organizaciones campesinas y las reformas al artículo 27 constitucional” en *La agricultura 500 años después*, coord. Cuauhtémoc González e Irma Delgado (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Económicas, 1995).
- ⁶⁴ Francisco Ramírez, “Movimiento campesino en México en el marco del Neoliberalismo económico”, en *Armonización de los movimientos campesinos en México (1990-2007)*, coord. Francisco Ramírez y Altnai Airas (Ciudad de México: Universidad Autónoma Chapingo-Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria-Cámara de Diputados, 2008).
- ⁶⁵ Juan José Rojas, *Auge y decadencia del corporativismo agrario en México (1934-1997)* (Ciudad de México: Universidad Autónoma Chapingo, 1998).
- ⁶⁶ Guillermo Torres, *Auge y ocaso del despotismo mexicano. La sumisión de los obreros y campesinos al Estado Mexicano* (Ciudad de México: Universidad Autónoma Chapingo, 1992).
- ⁶⁷ Blanca Rubio, “Las organizaciones independientes en México: semblanza de las opciones campesinas ante el proyecto neoliberal”, en *Neoliberalismo y organización social en el campo mexicano*, coord. Hubert Carton de Grammont (Ciudad de México: Plaza y Valdés, 1996).
- ⁶⁸ Rubio, “A un año de distancia”.

salarios mediante la producción de granos básicos no solo se excluye a los campesinos del modelo de desarrollo, sino que se incrementa su explotación y la de los obreros al dejar que los precios de los alimentos se definan mediante la competencia (desleal) del libre mercado.⁶²

Entonces, en el periodo neoliberal no solo se da una marginación estructural, simbólica y progresiva del campesinado,⁶³ sino que además se desarrollan mecanismos de confrontación con el claro objetivo de redistribuir la tenencia de la tierra en favor de la nueva lógica de acumulación.⁶⁴ El desmantelamiento del Estado y la privatización consecuente generó una crisis al interior de las organizaciones campesinas y dentro de las zonas rurales que comenzaron a ver y vivir el desencanto del nuevo modelo de desarrollo que los veía como enemigos a vencer, más que como aliados en la nueva lógica de producción.⁶⁵ En consecuencia, esta ruptura no solo vino a debilitar la presencia del campesinado y toda la estructura organizativa que venía desarrollándose desde el Cardenismo dentro del discurso gubernamental,⁶⁶ sino que además obligó a una reconfiguración de las estructuras corporativistas que se habían mantenido intactas desde su conformación en el cardenismo.⁶⁷

Paralelamente, el proyecto neoliberal se encargó de desplegar mecanismos de privatización indirectos al realizar reformas constitucionales como la hecha en el artículo 27° donde no solo se pone fin al reparto agrario, sino que a la vez se abre la puerta a la concentración y especulación de tierras mediante su liberación y potencial circulación en el mercado nacional.⁶⁸

Así, se suprime cualquier posibilidad de acceder a la tierra más que mediante la herencia o comprándola y no como un derecho legítimo para mantener una función social estratégica.⁶⁹ Esto, sumado al contexto económico desfavorable para la producción campesina tornó negativamente la visión interna y externa del campo mexicano. El contexto rural de ese periodo causó que el proceso de deslegitimación de la función del campesinado en la sociedad se combinara con la desatención del Estado mexicano para profundizar la adversidad tanto en la permanencia en el campo como de la sobrevivencia individual/familiar a través de actividades agropecuarias. En suma, desde el neoliberalismo ser campesino deja de ser un modo de realización exitoso y más bien se

vuelve una condena que los jóvenes rurales tratan de evitar en la medida de lo posible. Desde el neoliberalismo, los jóvenes en zonas rurales estarán ausentes de la lucha por la tierra y la demanda de mejores condiciones para su integración en la producción agroalimentaria nacional.

Esta ausencia juvenil se observa, por ejemplo, en el movimiento campesino nacional. Desde los ochenta y con mayor claridad en los noventa, dicho movimiento comienza a mostrar su incapacidad de movilización, a la vez que su fuerza de base comienza a presentar un rasgo etario específico: son campesinos adultos y de la tercera edad. Esta característica es crucial porque muestra que los jóvenes rurales no lideran dicho movimiento; por el contrario, son los campesinos de avanzada edad con tierras que luchan porque se reconozca y apoye su modo de producción. Existe, pues, una ruptura que es resultado de la monopolización del movimiento bajo un horizonte de posibilidad que ya no sintoniza con los deseos y contextos de los jóvenes rurales del neoliberalismo. Así, el divorcio entre los herederos/continuadores del movimiento campesino nacional y la agenda que ‘debían’ cumplir orilla a que el relevo generacional del movimiento campesino se frustre y en cambio se configure una confrontación entre los imaginarios colectivos de ambos grupos.

Quienes lideran el movimiento campesino nacional siguen siendo los jóvenes rurales nacidos entre las bonanzas de la posguerra y cuyo horizonte de posibilidad no interpela a los jóvenes rurales nacidos entre la crisis sistémica, quienes recriminan al movimiento que 1) las demandas no consideran sus aspiraciones y en cambio se aferran a proyectos alternativos que claramente no tienen cabida en el proyecto neoliberal y 2) las propias condiciones excluyentes del nuevo modelo neoliberal de desarrollo orillan a los jóvenes rurales a migrar en busca de mejores condiciones de vida, por lo que no pueden realmente tomar la batuta del movimiento en tanto las condiciones estructurales y contextuales los expulsa de su propio territorio.⁷⁰

Bajo estas condiciones es que el campo se vacía de jóvenes y se queda con mujeres y personas de la tercera edad⁷¹ que mantienen tácticas ofensivas ante la embestida del capital privado de orden transnacional que se despliega mediante el modelo agroindustrial de tipo monocultivo y exportador,⁷² el

69 Kirsten Appendini, “La teoría de los derechos de propiedad y la Reforma Agraria de 1992 en México”, en *La regulación imposible: (i)legalidad e (i)legitimidad en los mercados de tierra de México al inicio del siglo XXI*, Gabriela Torres-Mazuera y Kirsten Appendini (Ciudad de México: El Colegio de México, 2020).

70 Pacheco Ladrón de Guevara, “Los últimos guardianes.”.

71 Blanca Rubio, “Voces de la desesperanza: la desestructuración alimentaria en México (1994–2004)”, *Revista Gaceta Laboral* 12 (2006) https://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-85972006000100004&lng=es&nrm=iso&tlng=es (consultado el 30 de junio de 2024).

72 Gabriela Torres-Mazuera, Wendy Bazán, Celine Boué, Irma Gómez y Eric Vides, “Expansión agroindustrial y tratos agrarios en una región biodiversa de la Península de Yucatán”, en *La regulación imposible: (i)legalidad e (i)legitimidad en los mercados de tierra en México al inicio del siglo XXI*, ed. Gabriela Torres-Mazuera y Kirsten Appendini (Ciudad de México: El Colegio de México, 2020).

73 Enrique Mérito, “La visión del sector empresarial de las tendencias y retos del agro en el siglo xxi”, en *El agro y las áreas rurales en el México del siglo xxi*, coord. Gerardo Torres y Marcel Morales (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2014).

74 Rubio, “Voces de la desesperanza”.

75 Rubio, “Voces de la desesperanza”.

cual asfixia la economía campesina y somete a un proceso de subdesarrollo a la industria y el mercado nacional.⁷³

Entonces ¿dónde estaban los jóvenes rurales durante la instalación del neoliberalismo en México? La inicial explicación sería: buscando alternativas de vida que les ayudaran a no heredar el campo y con ello su desesperanzadora situación. Así, el despoblamiento de las zonas rurales en México inicia en la crisis del Modelo Sustitutivo de Importaciones y se profundiza con la instalación y apogeo del modelo neoliberal en el país; mientras los datos de la Tabla 1 muestran que a inicios de los años ochenta la población rural comienza a ralentizar su crecimiento y para comienzos de los noventa se da la reducción más profunda registrada hasta el momento, en la Gráfica 2 se evidencia cómo el porcentaje de población menor de 29 años se reduce paulatinamente a partir de esos años.

Este despoblamiento no solo se debe al decrecimiento de la población rural, sino también por la expulsión de la Fuerza de Trabajo rural hacia las ciudades o hacia donde el capital agroalimentario hegemónico cobraba fuerza; por lo tanto, la migración del campo a la ciudad se volverá un rasgo característico de neoliberalismo en México.⁷⁴ A pesar de que el censo del año 2000 registra un crecimiento poblacional en las zonas rurales, el porcentaje de jóvenes en dichas localidades sigue descendiendo; el incremento de la población rural puede deberse a que las condiciones de vida en el campo se ven ligeramente mejoradas como consecuencia del ingreso económico que representarán las remesas en los hogares rurales. La expulsión de la Fuerza de Trabajo que yacía en la ruralidad pudo integrarse en la (agro)industria urbana nacional e internacional, estableciendo las remesas como un ingreso fijo y a la vez volátil.⁷⁵

De esta manera, el siglo xx finaliza con la ausencia de los jóvenes rurales en el movimiento campesino nacional de México y en su dispersión territorial como consecuencia de las condiciones excluyentes del modelo que les tocó vivir en la ruralidad.

La transición sistémica (2000-2023)

En términos específicos, el periodo neoliberal tiene márgenes de desarrollo bien delimitados, los cuales fueron breves como resultado de su incapacidad de inte-

gración de todas las clases sociales y por la profundización de las contradicciones y desigualdades como resultado de su propio modelo de funcionamiento.⁷⁶

Por ello es que el siglo **xxi**, para el campo mexicano, inicia bajo un proceso de transición donde se ve con mayor claridad cómo el propio sistema intenta adaptarse para mantener el proceso de acumulación y con ello su hegemonía a nivel internacional. No obstante, dicho proceso no está exento de contradicciones sobre los territorios rurales y muestra de ello es que la primera década del siglo **xxi** no solo se refleja nuevamente el descenso de la población rural,⁷⁷ la cual se intensifica en 2020 (véase Tabla 1), sino que en términos específicos el censo de 2010 registra la caída más alta en cuanto al porcentaje de población menor de 29 años en las localidades rurales (6.06 %) y para el más reciente censo poblacional esta caída continúa con un 5.45 %.

A partir de estos datos es posible observar que en este periodo de transición los jóvenes rurales se convierten en uno de los grupos más vulnerados en tanto sector subordinado a un panorama rural adverso por los obstáculos para la inversión y producción agroalimentaria de pequeña y mediana escala, la presencia de nuevos actores en las dinámicas rurales (crimen organizado) y las novedosas luchas por la defensa de la tierra,⁷⁸ los recursos naturales y los modos de vida rural.⁷⁹

La expulsión de los jóvenes rurales y en general la Fuerza de Trabajo masculina hacia las ciudades obliga al Estado mexicano, particularmente desde el gobierno de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), a generar políticas públicas que fomenten el arraigo de la población rural⁸⁰ a sus localidades. Sembrando Vida⁸¹ y Jóvenes construyendo el Futuro son dos programas que han tenido diversos efectos en la ruralidad y la juventud de esos espacios.⁸² Dichos programas no solo desestabilizan la relación de poder vertical entre los jóvenes y sus padres por el ingreso —a veces mayor— que adquieren los jóvenes mediante su participación en estos programas, sino que dicha relación se tensiona aún más cuando el joven recalibra la asimetría de poder mediante el nuevo saber-poder bajo el que operan estos programas públicos. Esto se evidencia con mayor claridad en la operación de Sembrando Vida cuando el (joven) técnico es el encargado de asesorar a campesinos, entre ellos —quizá— su padre.

76 Rubio, *Explotados y excluidos*.

77 Rubio, “Voces de la desesperanza”.

78 Armando Bartra, Carlos Porto-Gonçalves y Milson Betancourt, *Se hace terruño a andar. Las luchas en defensa del territorio* (Ciudad de México: Itaca, 2016).

79 Armando Bartra, “De rústicas revueltas”, en *El nuevo movimiento campesino mexicano*, coord. Fundación Heberto Castillo Martínez (Ciudad de México: Fundación Heberto Castillo Martínez, 2004).

80 Enrique Pérez y Milton Hernández “Sembrando vida: Fortalecer el tejido social y avanza hacia la agroecología”, en *Revoluciones agroecológicas en México*, coord. IEDRM, Armando Bartra, Enrique Pérez, Milton Hernández, Sofía Medellín y Hernán García (Ciudad de México: Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural-Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias-Producción para el Bienestar-Friedrich Ebert, 2022).

81 Armando Bartra, “Sembradorxs haciendo milpa”, *La Jornada* (16 de septiembre de 2023).

82 Ana de Ita, “Sembrando envidia”, en *Comunidad y autonomía frente a sembrando vida*, ed. Ramón Vega-Herrera (Ciudad de México: Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano, 2021).

En suma, son estas lógicas las que recalibran la relación de dominio entre los adultos y los jóvenes, por un lado, y desestabilizan la opresión ejercida en la ruralidad con el saber-poder fundado en la experiencia adulta y, en cambio, reconfigurarlo a través del conocimiento requerido por ambos programas públicos. Por ello, el nuevo protagonismo que adquieren las/los jóvenes rurales en el siglo **xxi** adquiere relevancia no solo por el contexto en el que se desarrollan, sino los nuevos factores que intervienen en su experiencia juvenil y los nuevos fenómenos donde participan.

¿Por qué ahora?

Además del protagonismo empírico e histórico que poseen los jóvenes rurales en el siglo **xxi**, su estudio cobra legitimidad bajo los planteamientos teóricos-conceptuales de la Nueva Ruralidad.⁸³ Esta perspectiva teórica es una vertiente que se desprende directamente de la sociología rural no solo por el objeto de estudio (las sociedades agrarias), sino por el enfoque que se le da a aquellos grupos sociales en dichos territorios que antes carecían de interés en la agenda investigativa. Además de ello, la relevancia de la Nueva Ruralidad para la sociología rural recae en el paradigma que ofrece a este campo analítico y la renovación teórica/temática que genera sobre las sociedades rurales, sus transformaciones sociales, culturales, ambientales, tecnológicas y las formas no económicas en que se integra a la globalización y que se vincula con la urbanidad. Por ello, la Nueva Ruralidad opera como un enfoque teórico que permite ampliar los temas a estudiar sobre la ruralidad, contribuyendo a la distinción entre la población rural agrícola (que serían las familias con una relación directa con la tierra y las actividades agropecuarias) y la población rural no agrícola (caracterizadas por la pertenencia y reconocimiento a lo rural, pero cuyas formas y modos de vida cada vez más se distancia de una sociedad agraria).

Bajo este marco analítico que surge desde mediados de los noventa,⁸⁴ las líneas de investigación enfocadas en las contradicciones económicas y productivas alrededor de las actividades agropecuarias (movimiento campesino, organizaciones campesinas y soberanía alimentaria) —y que eran el único objeto de

83 Hubert Carton de Grammont, “La nueva ruralidad en América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología* Número Especial (2004).

84 Cristóbal Kay, “Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad?”, *Revista Mexicana de Sociología* 71, (2009). <https://repub.eur.nl/pub/38935/> (consultado el 8 de octubre de 2024).

interés para la sociología rural— pierden protagonismo y, en cambio, otras que tenían un papel marginal cobran fuerza como la participación de las mujeres rurales, la visibilidad de los conflictos socioambientales,⁸⁵ la lucha contra los megaproyectos⁸⁶ extractivistas, la preponderancia ante nuevos proyectos civilizatorios como la transición energética,⁸⁷ la reivindicación del papel de las y los jóvenes rurales en el espacio público, la transversalidad de la migración como nuevo rasgo del modo de vida rural, la integración de los medios y las TIC⁸⁸ en las matrices socioculturales, la desagrarización⁸⁹ de las economías familiares campesinas, la conformación de una agricultura de precisión, entre otras.⁹⁰

Vale la pena indicar que la feminización de la ruralidad mexicana del siglo XXI —fenómeno que ha sido reconocido como positivo en diversas investigaciones— no lleva necesariamente consigo un cambio sobre la histórica y sistémica violencia simbólica que sufren las mujeres en el campo. A pesar de esto, el incremento de la participación de las mujeres deriva tanto de la migración de la fuerza de trabajo masculina, por un lado, como del lento cambio sociocultural que incentiva el reconocimiento y reivindicación de horizontes de posibilidad emancipatorios por y para las mujeres, por otro lado. Por estas razones es importante apostar por descifrar las diferentes formas de opresión y violencia que se materializan en las personas a partir de una aproximación interseccional que explique la profundización de dichas transgresiones simbólicas más allá de la mera suma de variables en un análisis.

Este cambio no es más que resultado tanto de la agenda de investigación académica sobre la ruralidad, como por las manifestaciones empíricas que terminan exigiendo su análisis desde marcos más amplios y que contribuyan a su explicación científico-social. En otras palabras, la Nueva Ruralidad se convierte en una perspectiva analítica cuyo esfuerzo más importante es abordar problemáticas desde una visión interdisciplinaria mediante la producción y tensión de conceptos y categorías que antes no figuraban en esta área de conocimiento por la amplia relevancia que adquirirían los estudios sobre los movimientos campesinos, así como la dimensión productiva del campo y las contradicciones que presentaba esta actividad económica dentro del sistema capitalista.

De este modo, la Nueva Ruralidad pone atención sobre la reconfiguración estructural, poblacional, económica, tecnología y cultural que yace en un

- 85 Marx Gómez, Raul Olmedo y Ángel Serrano, “Pano-rama de la violencia minera contra pueblos indígenas en el continente americano”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* 31 (2024), <https://doi.org/10.29101/crcs.v31i0.23230>.
- 86 Raul Olmedo, “Cosechar el sol y el aire”, *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad* 101 (2023), <https://doi.org/10.24275/uamxocdcs/argumentos/2023101-02>.
- 87 Olmedo y Carton de Grammont, “Fragmentación social”.
- 88 Olmedo, “Brechas digitales y territorio”.
- 89 Hubert Carton de Grammont, “La desagrarización del campo mexicano”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* 16, 50 (2009): 13-55. <https://www.scielo.org.mx/pdf/conver/v16n50/v16n50a2.pdf> (consultado el 8 de octubre de 2024).
- 90 Hubert Carton de Grammont, “Hacia una ruralidad fragmentada”, *Nueva Sociedad* 262 (2016) https://static.nuso.org/media/articles/downloads/2.TC_de_Grammont_262.pdf (consultado el 9 de octubre de 2024).

campo cuyas características actuales distan de las que presentaba a inicios de la segunda mitad del siglo xx. Por ello es que esta perspectiva teórica visibiliza a sectores poblaciones que antes estaban presentes en el campo, pero cuyo protagonismo era demeritado o poco relevante dados los problemas que se presentaban en el agro y la predominancia adulta-masculina de quienes llevaban la batuta sobre el quehacer del campo. Entonces, la Nueva Ruralidad es una teoría desarrollada en el campo de la sociología rural que ofrece la posibilidad de reconocer la (re)configuración que se da en los territorios y poblaciones rurales a partir de las contradicciones que se gestan en el neoliberalismo, con el objetivo de abrir espacios donde los fenómenos de creciente relevancia confluyan junto a los clásicos estudios agrarios.

Esto no significa que la Nueva Ruralidad renuncie a los problemas ampliamente investigados por en la Sociología Rural, particularmente aquellos producto de la relación de dominio de la agroindustria sobre el campo y de las contradicciones con la urbanidad, sino que en realidad estas líneas de investigación pierden el lugar central que poseían dado el cambio estructural que deviene con el neoliberalismo.

De los diversos temas que aborda la Nueva Ruralidad, es preciso prestar atención a cuatro elementos clave que tienen un impacto directo sobre los jóvenes rurales del nuevo milenio: en primer lugar está la inclusión de la perspectiva de género sobre este grupo social, visibilizando a las mujeres jóvenes y con ellas, todos los efectos diferenciados que enfrentan por la marcada división del trabajo y la limitada participación en la esfera pública que poseen. La feminización del campo supone, en este sentido, un fenómeno que no puede explicarse solo por el cambio sociocultural que reivindica su papel en la ruralidad y enuncia su vitalidad para los modos de vida en dichos territorios, sino que se requiere entender las contradicciones del sistema y la transformación de los modos de desarrollo económico como un elemento que permite entender el creciente protagonismo de las mujeres, sean niñas, jóvenes, adultas o de la tercera edad, en el ser y hacer la ruralidad.

En segundo lugar se encuentra la enunciación de que estos jóvenes sufren de manera diferenciada los efectos acumulados de las múltiples desigualdades que se entrecruzan en los territorios que habitan, complejizando su

estudio y obligando a desarrollar trabajos situados que profundicen en sus particularidades ontológicas. Como se ha mencionado, la complejidad que hoy posee la ruralidad mexicana dificulta aglutinar todas esas realidades bajo estándares de interpretación y análisis, sin embargo, sí es posible reconocer que esta multiplicidad de condiciones y desigualdades tienen como punto común de expresión el territorio, por lo que al abordar analíticamente a las juventudes rurales es estratégico reconocer y descifrar las formas en que estas inequidades crean, potencian o desvanecen estas u otras disparidades/ violencias sobre este sector juvenil.

En tercer lugar, se encuentra la escisión al interior de las/ los jóvenes rurales en dos grandes grupos: aquellos cuyas familias se sustentan en actividades agropecuarias y que poseen relación con las estructuras agrarias, y aquellos otros jóvenes cuyas economías familiares derivan de diversas actividades menos aquellas relacionadas al agro. Esta división económica y simbólica interviene sustancialmente en la experiencia y condición juveniles, por lo que es preciso insistir en cómo el nuevo contexto rural —y su desagrarización⁹¹— afecta la forma de ser joven y vivir la juventud en espacios rurales marcados paulatinamente por la fragmentación social.

Esta particularidad resulta crucial pues se está ante un proceso de diferenciación sociocultural que se instala al interior de los territorios rurales, profundizando la subalternidad de ciertos jóvenes sobre otros. Entonces, si dentro del campo de los jóvenes, aquellos que viven en zonas rurales recién comienzan a ser visibilizados, con este proceso de fragmentación social, aquellos jóvenes rurales que viven en contextos marcados por la desigualdad proveniente de su sustento económico-familiar (especialmente aquellos de familias arraigadas a las actividades agropecuarias y con una producción mayoritariamente para el autoconsumo), corren el riesgo de ser relegados dentro del campo por su cada vez menor representación.

En cuarto lugar, las condiciones adversas comienzan a matizarse puesto que estas nuevas generaciones presentan mayores índices educativos, territorios más y mejor vinculados con las zonas (peri)urbanas, mayores procesos de movilidad (circular o no), acceso a flujos de información y comunicación globales, así

91 Carton de Grammont, “La desagrarización del campo mexicano”.

92 Pacheco Ladrón de Guevara, “Los últimos guardianes”.

93 Inegi, *Censo poblacional 2020* (Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2020).

94 Olmedo, “Brechas digitales y territorio”.

95 Dirven, “Algunas reflexiones sobre los jóvenes”.

96 Instituto Federal de Telecomunicaciones, *Hábitos de consumo de medios en poblaciones rurales* (Ciudad de México: Instituto Federal de Telecomunicaciones, 2023). <https://somosaudiencias.ift.org.mx/archivos/HabitosdeConsComunidadesRurales.pdf> (consultado el 6 de octubre de 2024).

como mayores posibilidades de reivindicar y transformar su territorio.⁹² Estas condiciones les permiten a las/los jóvenes rurales emprender un proceso de cambio sobre la posición social que guardan dentro de las familias y dinámicas rurales, puesto que empiezan a acrecentar un fuerte proceso de politización y reivindicación de su territorio en tanto rasgo constitutivo de su identidad.

Sumado a ello, la unidad territorial que los caracteriza permite mostrar un panorama particular del caso mexicano; de acuerdo con el censo poblacional de Inegi,⁹³ en México hay 26,983,528 de personas en localidades rurales, de las cuales el 53.88 % son menores de 29 años (19.62 % infantes y 34.26 % jóvenes). Esto supone que las nuevas generaciones mantienen una presencia crucial en la composición de la ruralidad mexicana.

De esta manera, la legitimidad del estudio de jóvenes rurales no solo se da porque aun a pesar de los cambios y retos que enfrentó la sociedad rural en la segunda mitad del siglo xx, donde este sector se mantiene como el más relevante en términos de representación, sino porque el nuevo contexto los supone como actores clave en procesos vinculados a la globalización y el entramado tecnológico-cultural que ello provee.

En cuanto a las dinámicas tecnológicas y culturales, las/los jóvenes rurales del siglo xxi se desenvuelven en territorios donde el acceso a tic e Internet tienen una relevante penetración en sus procesos de producción de subjetividad(es): el 70.69 % de las viviendas rurales poseen televisión, el 55.82 % radio, 12.04 % línea telefónica, 11.80 % computadora, 18.44 % Internet fijo y 70.69 % celular.⁹⁴ La reducción progresiva de las brechas digitales de cobertura y acceso permite que estos jóvenes rurales se integren en el circuito de la producción, difusión y consumo de narrativas e imaginarios colectivos del ámbito urbano nacional e internacional.⁹⁵ Si bien los medios de comunicación masiva ofrecieron –y lo siguen haciendo aunque con menor relevancia– contenidos que otorgaban a las poblaciones rurales la percepción de estar integradas a la dinámica nacional,⁹⁶ lo cierto es que con Internet y sus posibilidades tecno-operativas que ofrece, permite que las personas de zonas rurales, particularmente las juventudes, puedan aprovechar su potenciada capacidad productora, gestora y consumidora de contenidos digitales caracterizados por su desterritorialización,

asincronía e incorporeidad, para así emprender nuevos modelos de negocio y novedosas subjetividades mediatizadas⁹⁷ donde lo rural empieza a ser defendido y reivindicado en tanto forma legítima de existencia.

Esto es clave para entender el desfase entre las expectativas que tienen los adultos sobre los jóvenes y las aspiraciones propias de las juventudes rurales; la expansión del imaginario juvenil urbano en territorios rurales ofrece narrativas que fragmentan la visión rural del futuro; los jóvenes rurales consumen contenidos culturales urbanos que les amplían las expectativas de vida y los diferentes campos en los que se pueden desempeñar laboralmente.⁹⁸ Además de esto, la información que obtienen de las TIC e internet, por un lado, y las habilidades para domesticar cada una de estas innovaciones tecnológicas, por otro lado, les permiten revertir su desigual posición ante los padres, pues el saber-poder de la experiencia se erosiona ante el saber-poder que ofrece la tecnología para entender y participar en el mundo rural, sus dinámicas y estructuras.⁹⁹

Si a esto se suma que el acceso actual a la tierra se da casi exclusivamente mediante la herencia, los jóvenes rurales buscan otras formas de realización no solo por el futuro que les ofrece el dedicarse al agro, sino que la edad (tardía) a la que pueden acceder a recursos como la parcela les refuerza la inviabilidad de dedicarse a las actividades agropecuarias como sus padres y/o abuelos.

De este modo, la relevancia de las TIC e Internet no solo se expande sobre los espacios rurales como proceso del modelo centro-periferia de la sociedad, pero replicado en los territorios urbanos y rurales,¹⁰⁰ sino que además estos recursos tecnológicos-comunicativos legitiman su relevancia en la vida cotidiana rural por su articulación con la formación educativa¹⁰¹ y la integración simbólica que le otorga a estos territorios dentro de nuevo entramado social que impone la globalización.¹⁰²

En suma, investigar a las/los jóvenes rurales en la actualidad no solo irrumpe por su relevancia empírica, sino por las reconfiguraciones estructurales de la que son parte en el siglo XXI. Avizar los efectos y contextos en los que se desarrollan los jóvenes permite imaginar las implicaciones del futuro próximo para la ruralidad mexicana. Basten estos primeros acercamientos para replantear que las juventudes rurales se vuelven un sector de creciente importancia para los gobiernos, la academia y la propia población rural.

97 Olmedo “Brechas digitales y territorio”.

98 Dirven, “Algunas reflexiones sobre los jóvenes”.

99 Olmedo y Carton de Grammont, “Fragmentación social”.

100 Olmedo, “Brechas digitales y territorio”.

101 Matus y Ramírez, *Acceso y uso de las TIC*.

102 Rosalía Winocur y Rosario Sánchez, *Familias pobres y computadores. Claroscuros de la apropiación digital* (Ciudad de México: Océano, 2018).

Conclusiones

El objetivo de este trabajo consistió en argumentar la importancia de las/los jóvenes rurales en el campo mexicano. Ante la falta de investigaciones sobre este sector poblacional, se recurrió a un análisis histórico-estructural que evidenció la preponderancia de este grupo en la conformación y reproducción histórica de la ruralidad; se encontró que a pesar de los retos que ha enfrentado la sociedad rural en México, particularmente desde la implantación del neoliberalismo, esto no ha mermado la presencia de los jóvenes en dichos territorios.

Al hacer este recorrido se observó que el repunte sobre el interés de los jóvenes rurales no es producto de una moda, sino del papel clave que figura este grupo juvenil bajo las actuales condiciones históricas y materiales de la ruralidad mexicana. Los jóvenes rurales son los herederos del campo, por lo que es necesario seguir a detalle cuáles son los caminos que forjan o renuevan para visualizar las decisiones que cobrarán sentido en los albores del agro mexicano.

Se ha observado que el protagonismo de las juventudes rurales ha cambiado de acuerdo con el contexto, por lo que su análisis demográfico en relación con los cambios en los modos de desarrollo ofrece enriquecedores aspectos para evidenciar la relevancia de este sector poblacional. A nivel teórico, el marco de la Nueva Ruralidad permite enunciar a los jóvenes y destacar las particularidades contextuales que los vuelven un objeto de estudio pertinente en las ciencias sociales; la reconfiguración de los territorios rurales en relación con sus dinámicas y la creciente cobertura de las TIC en estos espacios contribuyen a que las/los jóvenes rurales posean un protagonismo emergente no solo en el presente, sino en el futuro cercano. Es preciso, pues, seguir problematizando a los jóvenes rurales con el objetivo de identificar y enunciar sus singularidades sociohistóricas en el contexto mexicano.